



LA ATMÓSFERA.

¿Sabeis lo que es la atmósfera?

Tal vez, queridos niños, no lo se-
pais.

Y respirais, gracias á ella, y en
ella vivís, aunque pueda decirse que
casi no la veis. Es tan sutil, tan en-
gañosa, que lo que de ella veis puede
decirse que no es suyo.

¿Comprendeis?

Si al aire libre mirais hácia arriba,
distinguis el hermoso cielo azul de
nuestra España, y ese azul que se
llama cielo, no es más que la at-
mósfera que rodea el globo que ha-
bitamos, este planeta que nos cuen-
ta en el número de sus vivientes.

El aire no es azul, y azul le vemos;
por eso os decia que casi podia deci-
ros que lo que vemos de la atmósfera
no es suyo.

No es azul el aire, no: si en una
sala os hallais, no veis el aire de co-

lor alguno; si le tuviera, todos los
objetos aparecerian velados del mis-
mo color.

Vosotros, pues, no veis azules las
plantas, ni las muchas flores que ma-
tices tan diferentes nos presentan
aparecen á vuestros ojos más que
con sus bellos colores: hé aquí que
no será azul el aire que respirais en
el campo ó en los jardines, como no
lo es el que me rodea en el momento
que escribo estas líneas y os envuel-
ve á vosotros que amables las leeis.

Y es bella la atmósfera, en el cua-
dro que presenta, y es vário su tinte
segun el país en que queramos obser-
varla.

Vamos á los países del Norte: en
ellos no teneis ese color que aquí ob-
servais. El color del cielo es azul pá-
lido, y las hojas de los árboles pare-
cen ménos verdes. Si venimos hácia

el Ecuador, parece hacerse más oscuro el tinte azulado, teniendo más pureza y brillantez el color.

¿Por qué esto?

Sin asegurároslo, tal vez pueda ser por la menor cantidad de vapor de agua que se encuentra en los países tropicales.

Y prueba de esto es lo que vosotros podeis observar, niños amados, despues de una tempestad.

¿Habeis alguna vez salido al campo despues que un terrible aguacero ha enviado torrentes de lluvia sobre la tierra?

Si así ha sido, habreis notado más puro el aire, más trasparente de lo que ántes aparecia.

Y habiais, en vano, querido distinguir lejanos objetos que ahora aparecen claramente, dejándoos admirados, y que podeis ver con claridad.

Hé aquí, pues, que la tormenta ha librado á la atmósfera del vapor de agua que contenia; y que, más puro el medio, podeis alcanzar con vuestra vista los objetos que ántes os era imposible percibir.

En países secos, en Egipto por ejemplo, aparecen los árboles, los edificios que están muy alejados del espectador con un brillo de color admirable, y esa fuerza en los tintes es engañosa, pues parece acercar los objetos que se encuentran sin embargo á gran distancia.

Hé aquí, pues, cómo la atmósfera merece particular estudio, y cómo es digna de que la contempleis atentamente. Su bello color alegra nuestras almas, tanto, que parecemos sumidos

en profunda tristeza cuando la bruma nos roba ese hermoso tinte, ó cuando las nubes parecen cubrirnos con su manto sombrío.

La atmósfera es el aire que respiramos: ya os lo he dicho.

¿Y qué es el aire?

Sin duda hay que responder á esta pregunta si he de dejar algo terminado este incompleto y poco correcto bosquejo del cuadro que os presento.

Dos cuerpos gaseosos vienen á constituir casi en totalidad el aire que respiramos: el oxígeno y el ázoe. El primero es el que necesitamos para nuestra respiracion, para la renovacion y movimiento de nuestra sangre.

—Entónces, diréis, no sirve para nada el segundo.

—No es así, queridos niños, pues regulariza la accion del primero. Si en puro oxígeno respirásemos, una agitacion terrible, la locura, la muerte, serian el resultado inmediato; y hé aquí, pues, que sin el ázoe la parte para nosotros necesaria viene á hacerse indispensable para las funciones de nuestro organismo.

Y creereis, tal vez, que por ser el oxígeno lo más necesario para nosotros, estará en mayor cantidad en la atmósfera.

¿No es así?

Lo supongo, aunque deba deciros que estais engañados. De cien partes, hay setenta y nueve de ázoe; las otras veinte y una son casi en totalidad de oxígeno; y digo casi, porque hay várias materias ademas, co-

mo el vapor de agua y el ozono, sustancia esta última que parece muy importante y de gran influencia para la salud.

Ya sabeis, queridos niños, lo que es la atmósfera; ya sabeis qué es ese azul que veis y que llamais cielo.

Y despues de esto, bueno será deciros una cosa que seguramente habeis de extrañar.

¡Qué será!

Hé aquí que os digo ha de extrañaros, cuando debia deciros que procurarais libertaros del terrible peso que gravita sobre vuestros hombros, sobre vuestras cabezas.

¡Terrible peso!

Os veo admirados, tentar vuestras cabezas, á ver si descubris la cosa que de tal modo allí descansa.

¡No hay nada, exclamais, nada nos incomoda!

Y es cierto, queridos niños, nada hay y hay algo.

No hay nada, porque como tal consideramos al aire que nos rodea; hay algo, porque llevamos sobre nuestros hombros una columna de aire que ocasiona una presion de 15.500 kilogramos.

Y no sentis nada, como nada siento; lo cual no quita que soporteis tan considerable peso.

Y parece imposible que no dificulte la accion de nuestros miembros, por más que en nada estorbe el movimiento de éstos, que pueden funcionar, moverse libremente, como si tal peso no existiese sobre nosotros.

Cómo es esto debo deciros, pues es natural que deseais saberlo.

¿Es así?

Lo supongo: he aquí la explicacion:

El aire ó la atmósfera, como queis, ejerce sobre nosotros presiones distintas en todas direcciones; por esto estas presiones se equilibran, y léjos de contrariarnos, son más bien favorables ó á propósito para sostenernos. Cuando el aire es poco denso, la presion atmosférica es más débil; entonces sentimos un malestar que es hijo solamente de la menor facilidad que el aire proporciona á los movimientos de nuestros músculos.

Podeis, pues, niños queridos, correr y saltar sin miedo alguno: no temais que el peso terrible, que, cual fardo abrumador, obra sobre vuestros hombros, pueda impedir vuestros saltos ó esforzar vuestra carrera.

La atmósfera podrá oponeros la resistencia natural que sentis al agitar y mover el aire, nada más.

Ya conoceis qué es eso azul que veis cuando al cielo mirais, qué es ese aire que rodea á la tierra, y que enrareciéndose cada vez más, llega tal vez á desaparecer.

A qué altura sea esto no puedo afirmároslo; pues mientras hay quien afirma que á 100 kilómetros debe existir el vacío, no falta quien suponga tenga la envoltura terrestre mucho mayor altura.

¿Qué habrá en esto?

No lo sé, queridos niños: tal vez el aire no tenga límite fijo; tal vez llegando de capa en capa á un completo enrarecimiento, venga á marcar el vacío en término indeciso; tal

vez el vacío no exista, y llegue á confundirse con el éter, si así quereis llame yo á esa sustancia que quieren algunos suponer existe en el infinito espacio.

De cualquier modo, es lo cierto que á una distancia relativamente próxima deja el aire de ser respirable; es decir, deja de estar en las condiciones en que nosotros le absorbemos continuamente.

Y despues de esto, ¿quereis que os diga que el aire es necesario para la vida, que sin él no viviriais sino cortos momentos?

Pues queda dicho, como os digo, que basta con lo expresado para que de la atmósfera tengais una idea, y

para que pueda terminar estos renglones.

Al terminar, oigo al viento que con ímpetu terrible agita los cristales de mi ventana, dándome esto idea para otro artículo.

No puedo escribíroslo en seguida, y por eso no va aquí la explicacion de lo que es el viento; pero pronto será, y cabida podrán tener los renglones que de él traten en otro número de esta Revista, á vosotros dedicada: en él completaré con el estudio del viento el pobre relato á que dan fin estas líneas.

Hasta entónces, pues, si el viento convertido en huracan no me ocasiona daño alguno.

E. THUILLIER.

HERNAN CORTÉS.

Ya es conocido de nuestros tiernos lectores el nombre del reputado artista D. Francisco Sans, uno de los que con mayor justicia simbolizan el actual renacimiento del arte en España. No nos detendrémos, por lo tanto, en reseñar sus obras ni en hacer resaltar el mérito de las mismas; pero sí diremos algunas palabras sobre el asunto que motiva el lienzo, cuya reproduccion por medio del grabado damos hoy.

Todos vosotros habréis oido hablar del capitan español Hernan-Cor-

tés, quien despues de haberse batido en su juventud bajo las banderas de Gonzalo de Córdoba, marchó en 1504 á la isla de Santo Domingo; acompañó siete años despues á Cuba á Diego Velazquez, y proyectó en 1519 la conquista de Méjico, á pesar de las órdenes en contrario que habia recibido. En vano fué que las tropas de Velazquez y Narvaez tratasen de detenerle. Hernan-Cortés habia concebido su proyecto, y con voluntad de hierro supo llevarlo á cabo: seiscientos hombres, conducidos en diez bar-

cos, le siguieron á Méjico, y en aquellas desconocidas y peligrosas playas cortó á los suyos y se cortó á sí propio la retirada, quemando las naves en que habian hecho la travesía. Las victorias de Tabasco, Tlascala y Cho-

lula aseguraron el éxito de su empresa, y la toma de Méjico en 1521 acabó de enaltecer el nombre del héroe, quien despues de conquistar un reino, importantísimo para la corona de España, debia morir pobre y ol-



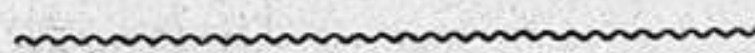
vidado en su patria, algunos años más tarde.

El Sr. Sans ha elegido para su cuadro el momento en que la quema de las naves compromete á los expedicionarios á vencer ó morir en la demanda, asunto eminentemente pictórico, y de cuya ejecucion puede for-

marse idea por la lámina que publicamos.

Si nuestra memoria no es infiel, el cuadro del Sr. Sans, que representa á *Hernan-Cortés quemando las naves*, fué pintado para la galería de un banquero americano.

O. Y B.



LOS CUENTOS DE LA ABUELITA.

Atentos están los nietos
 A las palabras sencillas
 De la abuela cariñosa,
 Que es ya su única familia;
 Pobres huérfanos, no tienen
 Más proteccion ni más guía
 En el mundo que la abuela,
 Siempre con ellos solícita.
 —Abuela, un cuento,—le dicen
 Cuando la ven que termina
 Sus faenas y un momento
 Reposo de la fatiga.
 Y la abuela piensa un poco,
 Silenciosa y reflexiva,
 La composicion haciendo
 De la historia peregrina
 Que inventa para sus niños,
 Penaditos por oirla.
 Y al cabo de un rato empieza
 A contar mil maravillas
 Con que á los nietos encanta,
 Que no pierden una sílaba;
 Y la historia se les queda
 Luégo en la mente tan fija,
 Que no la olvidarán nunca
 Por muchos años que vivan.
 No les aterra contándoles
 Horrores y brujerías,
 O crímenes espantosos
 Que al más sereno horrorizan.
 Cuéntales buenas acciones,
 Heroicas ó compasivas,
 Ejemplos de las virtudes
 De más estimacion dignas,

Hechos notables de niños
 Que en el albor de la vida
 Ya mostraban alma grande
 Y virtudes peregrinas.....
 Y todo lo que les cuenta
 Lo cuenta de tan sencilla
 Manera, con tal donaire
 Y en forma tan atractiva,
 Con frases tan oportunas,
 Con gracia tan exquisita,
 Que asombra hallar tal ingenio
 E imaginacion tan rica
 En una mujer del pueblo
 Que, ya al sepulcro vecina,
 De su vida en este mundo
 Tiene contados los dias.
 Por ella saben sus nietos
 La católica doctrina,
 Por ella de las virtudes
 Tienen nociones clarísimas;
 Por ella el bien reconocen,
 Por ella el mal abominan;
 Por ella serán felices,
 Porque serán, por su dicha,
 Buenos, humildes, honrados,
 Y nunca tendrán envidia,
 Y contentos con su suerte,
 El camino de la vida
 Cruzarán dichosos siempre
 Con la conciencia tranquila.
 Y conocerán entónces
 Con el alma agradecida
 Todo el bien que les han hecho
 Los cuentos de la abuelita.

FRONTAURA.



EMILIA.

(Conclusion.)

La llegada de Emilia interrumpió las reflexiones de la anciana. Entró muy alegre la pobre niña, y fué á sentarse sobre Lucero, cuya cabeza coronó de malvas y amapolas. El perro se levantó orgulloso y regocijado, y vino á colocarse á mis piés, sin derribar á la paralítica, que, arrojando una de las muletas, saltó al suelo, y apoyándose en la otra, y sin el auxilio del perro, llegó hasta el hogar, cerca del cual se sentó con objeto de calentarse los piés. Era la primera vez que Emilia habia probado á andar con una sola muleta. La abuela y yo cambiamos una mirada de inteligencia, y Emilia no dijo una palabra; no nos hizo notar siquiera aquel alarde de fuerza, si así puede decirse, que acababa de hacer. Antes de despedirme de mis tiernas amigas, estreché entre las mias la arrugada mano de la abuela.

—Mañana volveré, le dije; volveré todos los dias hasta que se verifique la primera comunión de Emilia.

Y mi corazón latia violentamente; no sabré pintarte la emocion que en aquel momento experimentaba.

La misma escena se repitió los dias siguientes; llegó un momento en que ya no pude contenerme.

—Emilia, le dije, lo sé todo; no te ocultes de mí, hija mia.—Vamos á ver, ¿hasta dónde podrás llegar, dejando en casa una de tus mule-

tas?..... Yo iré á tu lado por si te faltan las fuerzas.

—Iré hasta la capilla de Nuestra Señora del Buen Suceso, dijo la niña con una seguridad increíble; mañana ya no necesitaré ninguna de las muletas.

—Vamos á ver, añadió la abuela con la mayor ansiedad.

—Vamos, vamos á ver, repetí yo.

La prueba comenzó; Emilia se adelantó, y su abuela y yo la seguimos á tres pasos de distancia. No sé si alguno de los que pasaban á la sazón raparó en mí, y se extrañó de verme en compañía de la miserable vieja, siguiendo á la pobre paralítica. En la córte es evidente que me hubiera puesto *en ridículo*, que todos se hubieran reido de mí. Nada me importaba, amigo mio, en aquel momento *la opinion pública*; una idea mucho más noble que un necio orgullo me preocupaba. No veia nada más que la niña que iba delante de nosotros y que de cuando en cuando se volvía á mirarnos con una alegría triunfante. Así llegamos á la capilla, y Emilia, su abuela y yo nos prosternamos juntos ante el altar de Nuestra Señora del Buen Suceso. Aquel dia oré fervorosamente. Marta sollozaba sin poder articular una sola palabra.

El dia siguiente era el dia tan deseado. La ceremonia tenía lugar en

la iglesia parroquial, mucho más lejos de la casa de la paralítica que la capilla de Nuestra Señora del Buen Suceso, y sin embargo sucedió lo que Emilia había asegurado. La niña no tuvo necesidad de más apoyo que el brazo de su abuela para ir á la par-

roquia y volver á casa. Las vecinas contemplaban desde sus ventanas á la pobre niña, y la enviaban sinceras y entusiastas bendiciones. Solamente Lucero parecía inquieto y triste, y no quería dejar andar á la jorobada sin las muletas; no hacia más



Los cuentos de la abuelita (pág. 278).

que ponerse delante de su dueña, y morder el vestido á Marta, y mirarme á mí, como queriendo hacerme notar que se habían olvidado las muletas. Yo estaba loco de alegría, y

aquella misma noche escribí á mi familia, refiriendo minuciosamente las escenas de que acababa de ser testigo.

¿No has advertido cierta circunstancia en todas las correspondencias?

LOS NIÑOS VAGAMUNDOS.



¡Pobres criaturas! No tienen padres, no tienen hogar. Viven de la limosna, que muchas veces les cuesta gran trabajo hallar quien se la dé. No aprenden nada bueno; al contrario; tan pequeños como son, ya conocen todos los vicios, y el crimen y el envilecimiento son su tristísimo porvenir. ¡Tened, oh niños felices que leéis estas líneas, tened compasión de esos otros niños que han nacido con tan menguada fortuna, y no les negueis nunca el pan que á vosotros os sobra! La caridad es obligación de todo buen cristiano, y nada hay más simpático que un niño caritativo que socorre á los niños pobres y los trata con amor, considerándolos sus hermanos.

Un día, una carta de un amigo nos trae una buena noticia; contestámosle con satisfacción, con alegría, y hé aquí que cuando llegan nuestros plácemes, ha sobrevenido una desgracia inesperada, y nuestros plácemes deberían convertirse en pésames. Un intervalo de algunas horas basta para cambiar enteramente las situaciones. Una vez más reconocí esta verdad, cuando una de mis hermanas me escribió la semana siguiente, pidiéndome la explicación detallada de la curación de Emilia.

En efecto, el día de la comunión, Emilia había vuelto muy cansada de la iglesia, y se había visto en la necesidad de acostarse. El cansancio cesó por la noche; pero cuando el día siguiente se preparó para salir de casa, ya no pudo andar diez pasos sin pedir una de las muletas. Así pasaron tres días; después aumentó la debilidad y tuvo que recurrir á la otra muleta. Emilia lloró mucho; la abuela se desesperaba, y temía sobre todo que aquel incidente hiciera vacilar la fe, tan arraigada en la purísima alma de aquella inocente.

En aquella época tenía yo que hacer un viaje, que me separaría de aquella familia durante un año. Marta me confesó que no se atrevía á interrogar á la paralítica acerca de sus más íntimos sentimientos; y cediendo á las instancias de la bondadosa anciana, prometí que yo le haría hablar con franqueza. No dejaba de preocuparme la misión que había tomado á mi cargo.

He visto hombres que se creen

sabios moralistas, y modelos de valor y firmeza, porque sacan valientemente caprichosas deducciones de las desgracias que afligen á los demás; pero yo no soy de esos hombres, y no tengo consuelos más que para los males que yo mismo sufro ó he sufrido. Así, pues, te confieso que con verdadero temor me acerqué con aquel objeto á Emilia, después de entregarle un delicado regalo que le enviaba mi hermana. Sentéme junto á ella, cerca del hogar, y te confieso que sentí llenos mis ojos de lágrimas y comprimido mi corazón, cuando vi al lado de la jorobada las dos muletas que ella había creído poder dejar.

— Emilia, le pregunté, ¿has rezado á Nuestra Señora del Buen Suceso, después de tu primera comunión?

La niña bajó los ojos, y sollozó un momento antes de contestar; después adivinó lo que yo sufría viendo su desgracia, y halló en su buen corazón más valor del que yo tenía.

— He llorado hoy, pero ya no lloraré más, contestó, porque no quiero afligirle á V. ni á mi pobre abuela.

— El modo de no afligir á tu abuela, repuse, es rezar á la Santa Vírgen, y no murmurar de los designios de Dios.

Iba á continuar, pero me detuvo una mirada de la paralítica.

— ¡Murmurar! repitió: ¡rezar con menos fe! ¡Oh! no, nunca haré yo eso, aunque he cometido una grave falta. La niña volvió á bajar los ojos.

Antes de mi curación, continuó, y cuando rezaba á la Santa Vírgen

para que intercediera por mí, rebo-
saba la fe en mi corazón..... Pude an-
dar sola..... Pues bien, cuando volví
á dar gracias á Nuestra Señora del
Buen Suceso, no pude rezar con la
misma devoción que ántes..... Cuan-
do estaba ante la Santa imagen, pen-
saba en todo ménos en la bondad de
Dios; me regocijaba con la idea de
que podría ir á coger flores á la isla
sin la ayuda de Lucero, y que los do-
mingos podría bailar con las niñas de
la aldea, y llegarme á la ciudad á
vender las plantas que cogemos mi
abuela y yo, y sobre todo, que no
tendría que ver pintada en todos
los semblantes la compasión que
inspira mi estado. Era tan dichosa
que no advertía que empezaba
á ser ingrata. Pero Dios lo ve todo,
y vió que yo le olvidaba cuando es-
taba satisfecha, y para volver á ha-
llar mi corazón me volvió á poner
como ántes.

He conservado las mismas pala-
bras de esta explicación tan admira-
blemente cristiana en su humildad.
¿Había adivinado la verdad aquella
pobre criatura? El Evangelio nos
dice que de diez leprosos, nueve, des-
pués de haber sido curados, se aleja-
ron de Jesucristo, sin dirigirle una
sola palabra de gratitud, y sin em-
bargo la historia no dice que aquellos
hombres volviesen á ser leprosos en
castigo de su ingratitud. Marta me
había autorizado para reprender en
caso necesario á su nieta, y ésta era
quien me daba una lección de fe y
humildad cristiana.

Al día siguiente partí, y en un año

ni un solo día dejé de recordar á la
paralítica, la abuela y el perro.

Y una vez terminados mis asun-
tos, volví lleno de alegría á la aldea
de los más dulces recuerdos de mi
vida. Aunque era de noche cuando
llegué, no quise entrar en casa de
mis tíos, donde siempre me hospeda-
ba, sin ver ántes á la paralítica y á
su abuela.—Si yo pudiera explicarte
la emoción que sentía conforme me
acercaba al mísero albergue de aque-
lla honradísima familia!..... Pero no,
eso no se explica bien nunca. Cuando
llegué delante de la puerta de la ca-
baña, ví un perro, que sin duda que-
ría entrar, y se impacientaba porque
no le abrían; mucho me extrañó que
Lucero estuviese fuera á aquellas
horas, y mucho más que Marta no se
apresurara á abrir la puerta. Un tris-
te presentimiento oprimió mi cora-
zón. El perro, noble y leal animal,
me reconoció y vino á acariciarme.
Yo levanté con mano trémula el pi-
caporte, y entré en la cabaña segui-
do del perro; en la cabaña no había
más que dos mujeres, la una, senta-
da á la cabecera de la cama, y le-
yendo con gran dificultad un capí-
tulo de la *Vida de Jesucristo*, y la
otra moribunda en el lecho.

Marta se estremeció al oír mi voz,
y fijando en mí una mirada afectuo-
sa, me tendió su descarnada mano.
—Emilia ha partido ántes que yo,
dijo; pero yo la seguiré muy pronto.
Dios se ha acordado de nosotras y
nos ha tratado con toda su miseri-
cordia. Si por un milagro hubiera
curado á mi nieta, como pudimos

creer un día; si Emilia viviera aún, ¿qué peligros no la hubiera ofrecido el mundo? ¿qué hubiera sido de ella sin mí? Yo moriría ahora, y la pobrecita hubiera tenido que mendigar la subsistencia. Buena, hermosa y honrada, hubiera sido miserable juguete del mundo; Dios en su sabiduría infalible lo ha previsto todo. En lugar de concedernos una gracia que hubiera dado ocasión á muchos males, ha llamado á sí á mi nietecita para colmarla de felicidad y evitarle las penas de este mundo. Y además, ha querido Dios que no viva mucho tiempo sin mí su alma en el cielo de los ángeles. Anoche sentí que mi nieta bajaba del cielo y me besaba en la boca, asegurándome que Dios me iba á llevar con ella.

La vecina que cuidaba á Marta, y que al entrar yo había interrumpido la lectura, me hizo una seña y me condujo cerca del hogar.

—Esta noche ha de morir, me dijo; el mensajero de la muerte está sobre la chimenea; ¿no le oye V.?

Presté atención, y en efecto, oí muy distintamente como la voz de un ruiseñor que á intervalos iguales daba un grito de extraña melodía.

Esto llamó la atención de la moribunda.

—Creeis, dijo, que es el mensajero de la muerte; pero yo reconozco en esa voz la de mi nietecita que me habla de la bondad de Dios, y que me dice que me espera, que no tarde más. ¿Creeis que es el mensajero de la muerte? No, no; es Emilia, es mi paloma, como yo la llamaba.

Aquel lecho de agonía no tenía nada de sombrío ni doloroso; allí no se veía más que un tranquilo adios á los pesares del mundo, un cántico de bendición á las penas sufridas y á la prometida felicidad. A la madrugada de la mañana siguiente, Marta exhaló el último suspiro auxiliada por el virtuoso cura de la aldea que había recibido su confesión. Yo asistí á su entierro, donde no se vió más traje de luto que el mio; pero sí un gran número de pobres, todos los que en otras ocasiones habían sido socorridos por la noble anciana.

Ahora, pues, amigo mio, no tengo más que decir de Emilia y su abuela, sino que desde la época en que las conocí, no puedo oír á un sofista de salón declamar contra la Providencia sin recordar que una pobre vendedora de flores y una niña enferma no tenían ninguna objeción que hacer contra la justicia de Dios. En mis horas de tristeza y desaliento, el ejemplo de la anciana y de la niña me ha sido muy útil. «Recuerda, me digo siempre á mí mismo, las palabras de Emilia cuando había perdido toda esperanza de curación, y antes de dudar de la bondad de Dios, ve tú en tu conciencia si tienes que culparte de alguna ingratitud.»

III.

Valentin había terminado su historia.

—Amigo mio, le dije, por muy moral y verídica que sea, aún se en-

contrará quien dude de que tu Emilia fuera tal como la pintas. La virtud, la elevación de pensamientos, la delicadeza de sentimientos en la pobreza, hallan también incrédulos entre los que no tienen esas relevantes ó nobilísimas cualidades en medio de los gozes que proporciona una gran fortuna. Sin embargo, con mucho placer publicaré, si no te opones, la historia de la paralítica y su abuela.

—Sí, amigo mío, me contestó, escríbela para los buenos corazones, para las almas generosas; aún hay muchas en la alta clase y en la clase media de nuestra sociedad: aún hay quien recuerda que Jesucristo no tenía para comprar un cordero que ofrecer á Dios en sacrificio; que los apóstoles eran marineros y obreros; que Genoveva y Juana de Arco guardaban ovejas. Esas mismas personas podrán citar multitud de ejemplos de virtud que han tenido ocasión de

admirar, lo mismo en los palacios más suntuosos que en las chozas más miserables. La Biblia nos dice: «La sabiduría del hombre oscuro le elevará; no le desprecieis porque parece pequeño é insignificante: la abeja es muy pequeña entre los volátiles, y sin embargo su fruto es el más dulce y sabroso.»

Y aquí termino esta sencilla narración, deseando que á mis tiernas lectoras les haya parecido Emilia tan simpática y digna de ser amada como le parecía á mi amigo, que tuvo la dicha de conocerla. Mis donosas lectoras deben acordarse de Emilia cuando sufran alguna pequeña contrariedad, cuando por alguna nimia cosa crean herido su amor propio... y no podrán menos de persuadirse, á poco que reflexionen, de que la humildad, la modestia y la resignación cristiana son las virtudes que más enaltecen á las niñas y á las mujeres.

FRONTAURA.



À NUESTROS SUSCRITORES.

Al terminar el tomo VII de Los Niños, damos las gracias á los que nos han favorecido durante la publicacion del mismo con su abono, y les suplicamos continúen dispensándonos igual favor en lo sucesivo. A pesar de las terribles circunstancias por que atraviesa nuestra querida España, no vacilamos en hacer todo género de esfuerzos para mejorar cada vez más nuestra REVISTA. Como ven nuestros lectores, la parte material es ya inmejorable, los grabados aparecen estampados con notable perfeccion, y podemos poner Los Niños, sin desventaja, al lado de las publicaciones análogas inglesas y francesas.

El tomo VIII será todavía mucho mejor bajo todos conceptos. Tenemos para él originales de notables escritores, y una hermosa coleccion de grabados. En el nuevo volumen quisiéramos publicar las *Lecciones de música* que tenemos ofrecidas; depende esto de que el ilustre maestro que nos ha prometido este trabajo pueda terminarlo. Se lo suplicaremos nuevamente en nombre de los niños suscritores.

Regalamos ahora á nuestros abonados *El Teatro Infantil* (primera serie), y les regalaremos en Diciembre la segunda serie del mismo.

Dígnense, pues, los que hayan terminado su abono, renovarlo ántes de empezar el tomo VIII, para recibir seguidamente *El Teatro Infantil*.

Los Niños no tiene ya proteccion alguna oficial; ántes adquiria el Ministerio de Fomento algunos ejemplares para las bibliotecas populares; ahora ya no se piensa en adquirir libros útiles; ahora sólo urge adquirir fusiles.

A nuestros suscritores, pues, acudimos suplicándoles que no abandonen una publicacion sostenida á costa de los mayores sacrificios, y que en estos tiempos no nos ofrece ningun beneficio material, bien que sea grande nuestra satisfaccion, porque creemos hacer una obra digna, meritoria y verdaderamente patriótica. Así nos lo dicen muchos padres de familia y muchos maestros que tienen la bondad de alentarnos en estas difícilísimas circunstancias.

Deseando á nuestros lectores salud y tranquilidad, nos despedimos de ellos hasta el próximo 10 de Julio, en que comenzará el tomo VIII, seguros de que ninguno de ellos nos abandonará, y dispuestos, con la ayuda de Dios, á no omitir sacrificio alguno para complacer á los que nos favorezcan.

FIN DEL TOMO VII.





DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE SÉTIMO TOMO.

	<u>Páginas.</u>		<u>Páginas.</u>
El Mayorazgo, por Fulgoso.	1	Las metamorfosis de un rey, por Montes.	26, 44, 58, 75, 92 104
Retratos infantiles, por Frontaura.		A la Virgen, por la Sra. Avellaneda.	28
XII.--Paquita la susceptible.	5	El sueño de Gustavo, por Vargas.	33
XIII.--La madrecita.	73	Himnos y letrillas, por Reig y Llopis.	36
Unos por otros, por Ossorio y Bernard.	8	La niña con zapatos nuevos.	40
La abuela y el nieto.	9	El buen ejemplo.	41
Las fiestas de año nuevo, por R. Armíño.	9	La rubita compasiva, por Caballero de Rodas.	49
La Historia de España, por Janer.		El gato, por María Felicia.	51
XII.--Dominacion visigoda.	11	Un juego muy feo.	53
XIII. »	42	El niño cabecilla.	57
XIV. »	54	Los oráculos.	61
XV. »	90	Plinio.	63
XVI. »	126	Autógrafos de escritores contemporáneos.	
XVII. »	154 201	— de F. Zeferino Gonzalez.	60
El baile no me gusta á mí, por Mad. Girardin.	12, 29 38	— de D. Vicente Barrántes.	78
Colegios.	15	— de D. Teodoro Guerrero.	141
La muñeca no toma café.	16	— de D. Narciso Serra.	119
La voz de la tierra, por Stahl.	17	— de D. Antonio Arnao.	156
Poesía, por Serra.	20	— de D. Ricardo Sepúlveda.	207
Deberes para con los animales, por Caballero de Rodas.	21	El trono de oro, por D'Altemont.	65
Fragmentos morales, por Ossorio y Bernard.	23	Fábulas, por Hartzenbusch.	67
Tragedias infantiles.	25	Aprovechar el tiempo.	68
		Las estrellas animadas.	69, 85, 110
		117, 142, 151.	182

	Páginas.		Páginas.
Los recuerdos de la infancia, por Reig y Llopis.	71	por Fulgoso.	161
En el monasterio de Monserrat, por Sepúlveda.	79	La esposa y los hijos del militar que está en la guerra, por Frontaura.	166
El asno perdido y encontrado, por Montalembert.	81	El reloj, por Lucrecio.	166
La bendicion filial, por Cervino.	83	La fotografía, por Ossorio.	171
Tremenda revolucion.	84	Las dos palomas blancas, por Scola.	172
Despues de la batalla, por Ossorio y Bernard.	88	Carta íntima, por Guerrero.	180
La niña del perro.	89	Suspiros de una madre, por Lopez García.	188
Don Pedro Miguel de Heredia.	96	El niño embustero.	192
Higiene de los niños, por Pascual.	97	El arco iris, por Thuillier.	193
El mal enfermito.	100	A la Virgen, por Serra.	195
Cármén y María.	101	La primavera de la vida, por Lucrecio.	196
La instruccion.	103	La rosa de Navidad, por Olmedilla y Puig.	199
Suplicio de los comuneros.	108	El hermanito pequeño.	205
Pensamientos. 109, 112	175	Ejemplos.	208
Estrella.	113	Don Hugo de Moncada, por Janer.	211
El niño revoltoso.	115	Terrible historia de Barba-Azul, por Perrault.	215
Las dos niñas compasivas.	116	Costumbres populares.	223
Los globos aereostáticos, por Thuillier 121.	229	La niña y el lobo, por Perrault.	225
San José.	124	Don Melchor de Macanaz, por Janer.	227
Combate de Trafalgar.	125	El niño imprudente.	234
La guerra.	128	La comida en el desierto, por Ossorio y Bernard.	234
Monos y hombres, por Hartzenbusch.	128	El gato con botas, por Perrault.	243
El general Hoche.	129	Emilia, por Frontaura. 252, 266	279
Miguel Verin.	132	El niño cominero.	256
El niño grosero.	133	La pintura, por Lucrecio.	257
El niño irascible.	133	D. Diego Covarrubias, por Janer.	262
Descripcion geográfica de España, por Caballero de Rodas. 134, 177, 190, 209.	241	Himno á la Virgen, por Villar y Bustos.	263
Fábula.	135	La niña que ha estado en el cuarto oscuro.	264
El perro alado, por Mad. Girardin, 136, 158, 173, 203, 219, 235.	248	El buen pastor, por Ossorio y Bernard.	265
La huérfana, por Castillo y Soriano.	138	La atmósfera, por Thuillier.	273
Testamento de Isabel la Católica.	140	Hernan Cortés.	276
La llavecita, por Lucrecio.	145	Los cuentos de la abuelita, por Frontaura.	278
Las siete palabras, por la Sra. Avellaneda.	148	Los niños vagamundos.	281
La niña y los polluelos.	153	A nuestros suscritores.	286
La nieta y el abuelito.	160	Índice.	287
Los duendes de la Fuente Castellana,			

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO VII.



La (faba)